

¿Quién raptó al Niño Jesús?

Peter Morales, Ministro principal

Iglesia Unitaria de Jefferson, Golden, Colorado

10 de diciembre de 2006

Me pregunto cómo fue el nacimiento de Jesús. Con toda probabilidad, el niño Jesús histórico nació en su casa de Nazaret, una aldea de Galilea que se encuentra a unos 100 kilómetros al norte de Belén y Jerusalén. Espero que el niño Jesús naciese rodeado de una familia amorosa y que tuviera una infancia normal y feliz. Intento imaginarle jugando con sus hermanos y vecinos en Nazaret. Supongo que el Jesús real se lastimó las rodillas algunas veces. Probablemente también se peleó en ocasiones con sus compañeros de juegos. Apuesto a que incluso replicó a sus padres en un par de ocasiones. Me pregunto cuándo empezaron a manifestarse las primeras señales del visionario religioso. Desde luego, al crecer se convirtió en un joven extraordinariamente carismático.

En realidad, como demuestran importantes estudiosos del Nuevo Testamento, nada sabemos del nacimiento y la infancia de Jesús. Ninguno de los escritos cristianos más antiguos dice nada sobre su nacimiento. Dos de los cuatro evangelios, el de Marcos y el de Juan, ni siquiera mencionan su nacimiento. Marcos es el primer evangelio que fue escrito, así que es especialmente interesante que no mencione el nacimiento de Jesús. El autor de Marcos no debió pensar que las circunstancias de cómo vino al mundo fuesen importantes.

Lo que está claro, hablando de forma figurada, es que el niño Jesús real fue raptado a finales del siglo I. Los secuestradores fueron, como cabía esperar, los propios seguidores de Jesús. A medida que crecía el nuevo movimiento, y al tiempo que resultaba obvio que Jesús no iba a regresar durante el tiempo de vida de los primeros cristianos, éstos embellecieron los relatos. Solemos olvidar que muchos de los primeros seguidores de Jesús, especialmente los que seguían las enseñanzas del apóstol Pablo, esperaban que Jesús regresara mientras ellos aún estuviesen vivos. Pablo, que nunca conoció a Jesús en persona, esperaba sin duda verlo regresar.

Los primeros cristianos se esforzaban por atraer a más personas para que creciese su pequeño movimiento. En algún nivel, los relatos que crearon sobre el nacimiento de Jesús pretendían reflejar sus sentimientos sobre lo especial que era Jesús. En otro nivel, las historias de nacimientos eran lo que ahora llamaríamos *marketing*. El relato de cómo nació Jesús en Belén servía para atraer a los judíos, que creían que el Mesías nacería allí. La historia de la estrella y los magos era una manera de decir que Jesús era una especie de rey. La genealogía que se retrotraía hasta Adán era un modo de incluir a los gentiles.

Esto no lo digo de ninguna manera para denigrar aquellos relatos. Los escritores de los evangelios que crearon la narración de los magos y la estrella, o la del viaje a Belén, el pesebre y los pastores, entendían el poder de las historias. Comprendían que una buena historia transmite un mensaje e implica nuestras emociones y nuestra imaginación. También debemos recordar que hace dos mil años la gente no entendía la exactitud histórica ni los hechos históricos objetivos del mismo modo que lo hacemos nosotros. Ellos tenían una historia sobre Jesús que querían contar. Habían oído relatos sobre las enseñanzas y el ministerio de Jesús. Los primeros escritos no decían nada sobre la primera parte de la vida de Jesús. Los autores de Mateo y Lucas hicieron lo que cualquier buen narrador habría hecho si faltaba una parte de la historia: crearon una para rellenar los huecos.

Mi intención no es la de denunciar los relatos sobre el nacimiento que escribieron los autores de Lucas y Mateo. Por cierto, observen que hablo de los autores de esos evangelios, porque ni siquiera en las Escrituras hay ninguna afirmación de que esos evangelios fuesen escritos por Mateo o por Lucas. Si consultan la Biblia, verán que el primer libro del Nuevo Testamento es “El Evangelio según Mateo”. Observen la palabra “según”. Es la misma para todos los evangelios. El escritor de cada uno de estos textos repetía una historia que se había contado ya innumerables veces en los 40 años aproximadamente que habían pasado desde la muerte de Jesús.

Y, sin embargo, algo terriblemente desafortunado sucedió con el paso del tiempo, cuando los primeros cristianos escribieron las historias que luego se convertirían en los evangelios. La religión de Jesús se convirtió en la religión sobre Jesús. Probablemente era inevitable. Nosotros, pobres humanos, tenemos una capacidad enorme de confundirnos. La religión de Jesús era muy sencilla: se trataba de amar a Dios y amar a nuestro prójimo. Esto es lo que el propio Jesús dijo que podía resumir todo su mensaje: ama a Dios y ama a tu prójimo. No es fácil, pero es sencillo.

Al pasar el tiempo, el pobre Jesús fue secuestrado una y otra vez. Con el transcurrir de los siglos, las personas que se hacían llamar seguidores de Jesús discutieron entre sí sobre quién tenía razón y quién estaba equivocado acerca de lo que quería decir ser cristiano. Y se apasionaron increíblemente con este tema.

Una parte del problema humano de confundirse es que, una vez que lo hemos hecho, nos convencemos de que tenemos razón y que los que disienten de nosotros están equivocados. Y cuando nos ponemos realmente nerviosos, nos convencemos de que los que están en desacuerdo son malignos y merecen morir. Así han pasado siglos en los que cristianos han matado a herejes. Los católicos mataban a protestantes y viceversa. Luego veíamos a una clase de marxista que mataba a otra clase de marxista. Y hoy contemplamos cómo los musulmanes chiítas y sunnitas se matan entre sí. Es el mismo y viejo patrón.

En la iglesia antigua había una amplia variedad de creencias. Muchos seguidores de Jesús, los que se llamaban gnósticos, creían que los relatos sobre milagros y la resurrección no eran literales, sino simbólicos. Los gnósticos fueron calificados de herejes y la mayoría de sus escritos fueron destruidos. Algunos fueron descubiertos el siglo pasado. Muchos de los primeros cristianos no creían que Jesús fuese Dios. La mitad de ellos aproximadamente no aceptó la nueva doctrina de la Trinidad.

Casi 300 años después de la muerte de Jesús, el emperador romano Constantino se convirtió al Cristianismo y decidió convertir a esta religión en la oficial del Imperio. Aquel pequeño movimiento de judíos radicales se había extendido a los gentiles y empezaba a tener verdadero éxito. Trescientos años después de la muerte de Jesús, la religión que crearon sus seguidores se convertía en la religión oficial del mayor imperio del mundo. Naturalmente, si volvemos la vista atrás, esto huele más a política que a espiritualidad. Constantino decidió que, si el Cristianismo iba a ser la religión oficial, tenía que hablar con una sola voz. Al fin y al cabo, Constantino era un emperador. No era un teólogo, pero sin duda entendía lo que era el poder y la autoridad. Un emperador no tolera las disensiones.

Convocó a los obispos cristianos y los reunió en un lugar para que elaborasen la doctrina oficial. El resultado fue una afirmación de fe que llegó a ser conocida como el Credo de Nicea, por el nombre de la ciudad donde se reunió el concilio de obispos bajo la mirada vigilante de Constantino. De repente, todos los cristianos que tenían ideas distintas de las del credo se convirtieron en herejes. Tenía que estar de acuerdo con el credo o atenerse a las consecuencias. La inmensa mayoría aceptó el dogma, al menos en público.

¡Pobre Jesús! Secuestrado otra vez. Raptado por sus propios seguidores, por las personas que le rezaban.

Bajo el poder de la Iglesia de Roma, la religión de Jesús siguió distorsionándose en la religión sobre Jesús. Se crearon catecismos, que tenían que memorizarse. Se debatieron, elaboraron y promulgaron doctrinas. Se desarrollaron toda clase de rituales. Se construyeron catedrales. Se convocaron Cruzadas para recuperar la Tierra Santa. María, la madre de Jesús, fue elevada gradualmente hasta ser una especie de divinidad. El arte antiguo está lleno de imágenes de una piadosa Madre de Dios sosteniendo a su hijo, con un halo detrás de su cabeza. También fueron canonizados muchos santos, y la gente empezó a rezar a María y a los santos.

La iglesia, en su celo por ser la autoridad definitiva en todo, hizo algunas cosas notablemente tontas. Los padres de la Iglesia decidieron que Galileo tenía que ser juzgado y encarcelado por enseñar que la Tierra giraba alrededor del Sol. No soy un gran erudito bíblico, pero no recuerdo que Jesús dijera nada sobre astronomía.

Por desgracias, seguimos en las mismas. Ahora hay miles de personas que se llaman cristianos y que están muy alterados con la idea de la evolución biológica. Quieren utilizar el poder del gobierno para garantizar que su particular versión del mito de la creación se enseñe como ciencia en las escuelas públicas. ¡Asombroso! Cuando leo las Escrituras, me parece que la parte de la biología que más preocupaba a Jesús era la alimentación de los pobres.

El sencillo mensaje de amar a Dios y al prójimo seguía estando allí, pero era cada vez más difícil encontrarlo. Jesús seguía secuestrado y cautivo de las mismas personas que creían en él.

Por supuesto, me resulta fácil, a mí y a todos nosotros, volver la mirada sobre estas cosas con un aire de condescendencia. Nosotros, naturalmente, no hemos raptado a Jesús. Nosotros, no. Por ejemplo, nosotros miramos con superioridad a esas pobres almas descarriadas que oponen el Cristianismo a la ciencia. A nosotros nunca se nos ocurriría quemar a un hereje en la hoguera.

Pero ustedes y yo no estamos libres de responsabilidad. Creo que ustedes y yo hemos ayudado a raptar a Jesús a nuestra manera.

Miren lo que ha pasado con la Navidad. La Navidad solía ser una fiesta poco importante. Resulta difícil de imaginar, pero era así. La piedra angular de la fe cristiana era, al fin y al cabo, la Pascua.

En los últimos siglos, la Navidad ha pasado de ser una fiesta especial a otra cosa totalmente distinta. Poco a poco, tuvo que ver cada vez más con regalos y, por tanto, con el dinero. La “temporada navideña” empieza ahora a finales de octubre o principios de noviembre. ¡A este paso, la Navidad será tan larga como el verano o el invierno!

¿No hablábamos de que habíamos raptado al niño Jesús? Nuestra cultura consumista, la cultura de la que ustedes y yo formamos parte en buena medida, ha distorsionado el espíritu de las fiestas de una manera que los seguidores de Jesús no pudieron imaginar nunca.

El pobre Jesús ha sido secuestrado otra vez. Hoy es un rehén del centro comercial. Y de Amazon.com, Wal-mart y la tienda Apple (mi debilidad personal). Es demasiado sencillo quedar atrapados en esta locura de compras. Estamos rodeados por absurdos insípidos y mercadeo inteligente para hacernos comprar toda clase de objetos.

¿Cómo pudo la celebración del nacimiento de Jesús, que se había mezclado con rituales paganos sobre la oscuridad, la luz y el solsticio, transformarse en la banalidad de una orgía de compras mientras suena una música espantosa de fondo?

La historia de lo que pasó con Jesús en los siglos posteriores a su muerte es una narración larga y triste. Primero, los seguidores de Jesús se confundieron y crearon una religión sobre él, en vez de

una religión que intentase seguir sus pasos. Con el tiempo, todo empeoró y se acumuló toda clase de supersticiones. Los seguidores de Jesús se vieron atraídos por la promesa del poder, y lo consiguieron. Y el poder corrompe.

De algún modo, milagrosamente, su maravilloso mensaje de amor a Dios y al prójimo no se perdió nunca por completo en las enseñanzas de la Iglesia.

Por si no bastase con los seguidores extraviados, en el mundo moderno Jesús ha sido enviado al centro comercial.

¡Pero ustedes y yo podemos cambiar esto! ¡Ustedes y yo podemos liberar a Jesús!

¿Quieren hacer algo verdaderamente radical? Les propongo que ustedes y yo organicemos una conspiración para liberar a Jesús, que ha pasado en cautividad los últimos dos milenios. Pero podemos liberarlo.

Sólo tenemos que hacer dos cosas.

En primer lugar, tenemos que amar a Dios. Sí, ya sé que muchos tenemos dificultades con el lenguaje teísta. Yo también las tengo. La palabra “Dios” también fue secuestrada (pero eso queda para otro sermón). Podemos utilizar otras palabras. Tenemos que amar a la vida. Amar la fuente de la vida, el espíritu de la vida. Amar el misterio asombroso de un universo del que surgió la vida sensorial. Hay que conectar con el todo, con la fuente. Dejar que la maravilla y el misterio llenen nuestro espíritu. No importa que lo llamemos fuente de toda la vida, realidad última, o Dios. Discutir sobre cómo lo llamamos es estar totalmente confundidos. Simplemente, amarlo. Amarlo con todo el corazón.

Amar la fuente última de vida es un acto radical. Esto es de lo que hablaba Jesús.

Cuando amamos la fuente de la vida, estamos a medio camino de liberar a Jesús.

La segunda parte es realmente dura. Tenemos que amar a nuestro prójimo. Incluso tenemos que amar a los que nos sacan de quicio. Tenemos que amar a gente anticuada, desagradable y malévola. Tenemos que amar a los violentos. Hemos de amar a nuestros enemigos. Esta parte me parece muy, muy dura. Puedo esforzarme por hacer caso omiso de la gente que no me gusta. Incluso puedo tolerarlos cuando estoy de buen humor. Pero Jesús dijo que se supone que tenemos que amarlos. Se supone que debemos darnos cuenta de que, en última instancia, ellos son como nosotros. Jesús nos pide que nos demos cuenta de que estamos juntos en todo esto.

Y amar al prójimo no sólo quiere decir un sentimiento afectuoso de buena voluntad. Amar al prójimo significa ayudarlo. Significa dejarnos sentir como él siente. Quiere decir compasión, que literalmente es “sufrir con”. Amar al prójimo significa acudir a ayudar a los pobres, los inmigrantes, los desamparados y los despreciados. A la larga, significa trabajar por la justicia y por la paz.

Cuando amamos a Dios y amamos al prójimo, nos transformamos. Es como –si me atrevo a decirlo en una iglesia unitaria universalista– si volviéramos a nacer. La rigidez de la religión y la banalidad del consumismo raptaron no sólo a Jesús. ¡También nos raptaron a nosotros! Cuando amamos a Dios y al prójimo, liberamos a Jesús de dos mil años de cautiverio.

Y lo más importante: cuando amamos a Dios y al prójimo, nos liberamos a nosotros mismos.

¿Quién raptó al niño Jesús? Yo lo hice. Y ustedes. Todos lo hicimos.

Liberemos a Jesús y liberémonos a nosotros mismos. Amen la vida con todo el corazón. Ámense los unos a los otros. Eso es todo.

Amén.

(Traducción y adaptación: Jaume de Marcos)